

LISBOA 2023

Jóvenes cristianos, jóvenes con valores



A pesar del proceso imparable de secularización en casi todas las sociedades y del creciente desinterés por la religión, no solo ya en los países desarrollados sino también en muchos otros, no tiene lugar –ni de lejos– un evento en el mundo con tanta capacidad de convocatoria como la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ), tal y como hemos visto el mes pasado en Lisboa, donde acudieron alrededor de millón y medio de jóvenes. En 1995 la JMJ de Manila, presidida entonces por san Juan Pablo II, reunió la cifra récord de nada menos que cinco millones de jóvenes. También es bueno recordar que años después, en 2015, el papa Francisco visitó Manila y fue recibido por una multitud de seis millones de personas de todas las edades y que conformaron la mayor muchedumbre jamás reunida en la historia de la humanidad.

La JMJ y otros encuentros liderados por el obispo de Roma en sus visitas a lo largo y ancho del mundo ponen de manifiesto el músculo social que todavía la Iglesia Católica conserva. Es una de las cuestiones que más tienden a resaltar los periodistas. Iglesias protestantes y posiblemente también grupos musulmanes están explorando la posibilidad de organizar actos de masas al estilo

de las JMJ, ya que son conscientes de que la visibilidad social es imprescindible para anunciar la fe.

Sin embargo, más allá de las cifras y multitudes, lo más relevante que recordamos quienes hemos asistido a las JMJ son otras cuestiones. Por ejemplo, recordamos las etapas de preparación previas llenas de ilusión; los testimonios públicos de personas creyentes que hasta ese momento desconocíamos; poder compartir unos días de vida austera desde la fe; las horas tan especiales de oración personal y comunitaria; y sentir que –a pesar de formar parte de un mundo cada vez más descreído– no estamos solos, porque muchos otros, en todas las latitudes, viven con naturalidad y entusiasmo el ser cristianos.

Aun así, los medios de comunicación tienden a hacerse muy poco eco de todo esto. Algunos prácticamente solo han hecho incidencia en asuntos absolutamente marginales, como por ejemplo las consignas o los himnos políticos que un pequeño grupo de jóvenes –y nada representativo– han coreado sin venir a cuento o el manido asunto del supuesto o tergiversado «gran coste económico» que este tipo de encuentros supone.

Con todo, durante las últimas semanas, las redes sociales en su multiplicidad de formatos han recogido gran número de testimonios de jóvenes en primera persona, como antes no había ocurrido, que ponen en valor lo que estos días han vivido y la JMJ les ha aportado. Son jóvenes a los que el Papa les ha dicho que la Iglesia Católica es un lugar de acogida. «La Iglesia es la Madre de todos, hay lugar para todos», ha reiterado Francisco.

No conozco a nadie que se haya arrepentido de acudir a una JMJ, pero sí sé de quienes se lamentan por no haber asistido a ninguna de ellas. Y sé también de quienes, gracias al profundo discernimiento personal al que la experiencia les condujo, se decidieron a tomar decisiones que han determinado el resto de su vida, desde casarse hasta ingresar en un convento de clausura.

Sin embargo, la colaboración o la participación de las Iglesias locales en las JMJ han variado muy sustancialmente. Son muchas las diócesis que, en efecto, las han ubicado en el eje principal de sus planes de pastoral juvenil, mientras que otras las han ignorado por completo o casi. Esta es una de las razones fundamentales que explican las grandes diferencias en las cifras de asistencia de jóvenes entre unas y otras diócesis.

Los más críticos con estos encuentros opinan que corren el riesgo de convertirse en meros espectáculos, les acusan de ser demasiado superficiales o poco comprometidos con la realidad social que los jóvenes viven y advierten, además, que fomentan una insana y nada evangélica «papolatría». Generalmente quienes así se manifiestan son, por otra parte, quienes nunca han asistido a ninguna JMJ o quienes conocen a pocos jóvenes que han acudido a ellas. Creo también que son cada vez menos los que, dentro de la Iglesia católica, se muestran contrarios a este tipo de eventos.

Claro que son mejorables tanto en formato como en contenido, aunque se ha avanzado en esta dirección edición tras edición. Así también han de ir encaminadas no solo a que los jóvenes crezcan como cristianos, sino también como personas íntegras. Que sean al mismo tiempo reconocidos como representantes de la juventud con valores.

Lo que es evidente es que toda propuesta de pastoral juvenil –o de otro tipo– requiere nos guste o no, y como Ignacio de Loyola proponía, «entrar con la suya para salir con la nuestra». Por tanto, no es posible reunir hoy en día a decenas de miles de jóvenes varios días, sean quienes sean, sin proporcionarles algún tipo de ambiente festivo y musical.

Además, piénsese precisamente en la significancia que el grupo musical Hakuna, que por cierto celebró un concierto en una plaza de Lisboa durante la JMJ, está ganando entre cada vez más espacios cristianos juveniles de España y de otros países. Dicho esto, tampoco hay



que olvidar que el movimiento Hakuna germinó en la JMJ de Río de Janeiro en 2013.

No obstante, es más que evidente que la educación en la fe de los jóvenes no requiere solo de una o varias JMJ, sino sobre todo de itinerarios y acompañamientos mucho más prolongados, plurales y personalizados, siempre ajustándose a las realidades diversas que viven.

De ahí, por ejemplo, que el recién nombrado arzobispo de Madrid – Alcalá, José Cobo, haya convocado las próximas semanas a los jóvenes de su archidiócesis que acudieron a la JMJ lisboeta a un nuevo encuentro para consolidar o dar continuidad a las experiencias vividas. Esta es la ruta a seguir.

Fue san Juan Pablo II quien instauró las JMJ en 1985, a partir de un encuentro previo el año anterior con 250.000 jóvenes de todo el mundo en la Ciudad Eterna que fueron acogidos en hogares de familias romanas. Les entregó la «cruz de los jóvenes», que ha recorrido todos los itinerarios de las JMJ celebradas en grandes ciudades de Europa, América, África y Oceanía. Veremos si el continente africano es capaz de albergar pronto una primera JMJ. En África persiste una Iglesia viva, joven y con futuro, y además bastante desconocida, que insufla esperanza y de la cual seguro que tenemos mucho que aprender.

Es posible que el Papa polaco hiciera de su pasión por la juventud la razón principal de su vida. Ya en sus años de cura o de joven obispo destacaba por su sintonía





y trabajo con los más jóvenes, con los que compartía largas jornadas, excursiones y la práctica del deporte.

Las JMJ, como también se ha dicho muchas veces, han sido encuentros diseñados a la medida del entonces pontífice, Karol Wojtyła, a quien se le vio más desen-vuelto en estos encuentros que a Benedicto XVI y posiblemente incluso que a Francisco. No obstante, cada pontífice ha dejado su impronta, conforme a su estilo y personalidad. Sirva de ejemplo que, en la JMJ de 2011 de Madrid, Benedicto XVI se reunió con jóvenes doctores y profesores de universidad en el monasterio de El Escorial. Francisco, sin embargo, ha optado por encontrarse con jóvenes estudiantes universitarios.

En 2003, en su último viaje a España, Juan Pablo II se reunió con decenas de miles de jóvenes en el aeródromo de Cuatrovientos de Madrid. Cuando lo vi llegar era un anciano muy enfermo y recuerdo que pensé que podía parecer casi inhumano haberle permitido viajar y exponerlo a unos días tan agotadores. Pero, casi en cuestión de segundos, se recuperó y rejuveneció cuando vio y escuchó a esa marea de jóvenes que lo aclamábamos sin cesar. Esto no era «papolatría», simplemente nos sentíamos agradecidos por su entrega infinita a la causa de Jesús y de los jóvenes cristianos. Y, por encima de todo, sabíamos bien a quién representaba este huracán venido de Europa del Este.

De modo paralelo, o mejor dicho interaccionando con la JMJ, se reproducen otro tipo de actividades promovidas por movimientos o grupos católicos concretos. La más destacada es la que reúne a las comunidades

«neocatecumenales» de todo el mundo bajo el liderazgo de su fundador Kiko Argüello. Personas de todas las edades y familias enteras pertenecientes al camino Neocatecumenal acuden desde hace varias décadas a las JMJ. Tras la clausura, tenía lugar un encuentro que reunía a decenas de miles de los también conocidos cariñosamente como «kikos» y que se cerró con la ya clásica «llamada vocacional». Hacían suyo el lema de esta JMJ: «María se levantó y partió sin demora» (Lc 1, 39).

Otro ejemplo más es la gran familia ignaciana que ha vuelto a celebrar de nuevo el Magis. Esta vez también ha conseguido reunir a varios miles de jóvenes ligados a colegios, parroquias y universidades vinculados a institutos religiosos (no solo a la Compañía de Jesús) y a otros grupos eclesiales fundamentados en la espiritualidad de Ignacio de Loyola. Seguro que san Ignacio no vio nunca a tantos jóvenes de un golpe.

Hay que hacer énfasis en que las JMJ continúan fortaleciendo la identidad cristiana y eclesial de jóvenes que están obligados inevitablemente a pertenecer a entornos que se muestran cada vez más indiferentes u hostiles a todo ello. Anunciar y hasta confesar la fe cristiana es, al menos en Occidente, cada vez más contracultural. Al igual que Juan Pablo II, Francisco les ha insistido a los jóvenes que no tengan miedo.

Veremos si Francisco puede presidir la JMJ de Seúl en 2027. En cualquier caso, los jóvenes que acuden se van a sentir llamados ante todo por Jesucristo.

Pedro Miguel Lamet

FRANCISCO DE JAVIER

EL AVENTURERO DE DIOS

